

*Para Ana, Nicolás, Emilio, Esther y Kora*

# El valle de los olvidos

Jordi Sevilla

Elago/Novela

Colección **Novela**

Primera edición, abril 2011  
© del autor: Jordi Sevilla  
© de las ilustraciones e imagen de cubierta: Ana Santiso

Maquetación: Natalia Susavila Moares

© de la edición  
Ellago Ediciones, S. L.  
ellagoediciones@ellagoediciones.com / www.ellagoediciones.com  
(Edicións do Cumio, S. A.)  
A Ramalleira, 5 - 36140 Vilaboa (Pontevedra)  
Tel. 986 679 035  
cumio@cumio.com / www.cumio.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con autorización de los titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjanse a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si precisan fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-92965-17-5  
Impresión: Gráficas Varona, S. A.  
Depósito legal: S 546-2011  
Impreso en España

|   |     |
|---|-----|
| La joven del Jaguar .....                           | 7   |
| Al otro extremo del Duero.....                      | 29  |
| Un arranque prometedor.....                         | 49  |
| La primera paliza del caso.....                     | 75  |
| Un viaje colectivo al pasado.....                   | 89  |
| Una noche en las carreras.....                      | 115 |
| Apertura de dama al peón de rey.....                | 143 |
| La habitación oculta que todos llevamos dentro..... | 169 |
| Corriendo, en ayuda propia .....                    | 195 |
| Un CAFÉ para diez PACOS.....                        | 219 |

La joven del Jaguar

El coche que le seguía hacía reiterados amagos de adelantarle. Tendría prisa o quizás fuera un conductor nervioso que había olvidado lo que era circular por una carretera de montaña con curvas. Es lo que tiene la modernidad. Con tanto AVE y tantas autopistas hemos perdido el sentido del tiempo y de las distancias. Bueno, hemos perdido más cosas, pero de las que no tienen que ver con los avances tecnológicos, ni con los coches.

Mientras controlaba por el retrovisor los intentos imposibles de su casual perseguidor, repasó mentalmente la conversación mantenida con su amigo, el inspector Varela, alrededor de una paella hecha con más cariño que acierto por su mujer, en la pequeña barbacoa con la que habían adornado el jardín de su chalet adosado. Aunque se trataba de su mujer de siempre, en realidad, era su segunda mujer. Es decir, habían vuelto a casarse después de una temporada en la que cada uno había intentado una vida por separado, llegando incluso, a formalizar un divorcio. Nunca había hablado a fondo con Varela de qué fue lo que, en realidad, les había decidido a volver. Sobre todo, cuando, al menos él, empezaba a levantar cabeza de la separación.

—¡No es fácil encontrar a alguien que me aguante! Y no estoy hecho para envejecer en soledad —fueron las dos

únicas explicaciones que le dio cuando le comunicó que habían decidido casarse de nuevo después de llevar un tiempo viéndose otra vez.

El chalet era pequeño, pero, eso sí, en El Escorial, a escasos cincuenta kilómetros de Madrid. O mejor dicho, en el cada vez más amplio término municipal de El Escorial, que conservaba el atractivo comercial de su nombre, aunque se estuviera construyendo ya en sitios donde cada vez costaba más ver, siquiera de lejos, el Monasterio levantado como Panteón familiar por Felipe II. Y su compra formaba parte de la nueva vida de casado de Varela, más volcada en ir preparando la todavía lejana jubilación que en disfrutar del momento, como aconsejan hacer todos los tratados de budismo zen del mundo. Quizá por eso Varela nunca se hizo budista, aunque llegó a intentarlo en serio durante el período que tuvo de recobrada soltería.

Conoció a Varela en la facultad, pero se hicieron amigos en Londres, donde ambos fregaban platos en el mismo restaurante y aprendían italiano, francés e incluso alemán, con las mismas chicas con las que, en horas lectivas, estudiaban inglés en una academia. Allí fue cuando empezó a llamarle Ricki, costumbre que quedó como broma privada entre ambos y unos pocos amigos más hasta que acabó siendo el nombre con el que más identificado se sentía. Aunque, ya se sabe, sobre asuntos identitarios, la gente es muy suya. De regreso a España, Varela empezó a trabajar en la Policía como otros montan un bar o se dedican al diseño. Gracias a su título de licenciado en derecho pronto llegó a inspector, aunque ahora llevaba ya mucho tiempo en ese puesto sin ascender. Problemas de los ajustes presupuestarios crónicos en los que vivía el país. O eso era lo que le decían sus jefes como excusa.

Aunque por la mañana había ido por la autopista AP-6 hasta Guadarrama donde salía el desvío hacia San Lorenzo que pasaba por el Valle de los Caídos, la carretera M-505 era la ruta más

corta entre Madrid y El Escorial. Y la más bonita. Por eso la había cogido de regreso a casa, a pesar del tramo con curvas en el que estaba ahora. Cuando por fin le adelantó el coche de atrás pisando línea continua, se percató de dos cosas: que era un Jaguar descapotable rojo, con una de esas capacidades de aceleración que te hacen pensar si no te habrás quedado parado cuando te rebasan, y que parecía estar haciendo una de aquellas carreras ilegales que hicieron célebre esta carretera en los años sesenta del siglo xx con un todoterreno potente, sin duda de gasolina, que también le adelantó, tras el Jaguar, en la misma curva.

—¡Locos! —gritó Ricki, por encima de la voz del Boss Springsteen que cantaba en ese momento «I am working on a dream».

Varela estaba preocupado por el futuro de Ricki y así se lo había hecho saber durante la comida. Bueno, en realidad, durante el aperitivo que fue el único momento en que estuvieron a solas.

—No tienes ya edad para seguir sin oficio ni beneficio —le había dicho—. Con lo que cotizas a la Seguridad Social, solo tendrás derecho a una pensión no contributiva.

—¡Y tú también, al paso que vamos! —contestó Ricardo—. Cada vez somos más viejos y trabaja menos gente.

—Déjate de coñas —dijo Varela sonriendo—. Lo digo en serio. No se puede vivir siendo detective privado autónomo, como tú.

—¡Un respeto, que soy investigador independiente!

—Pero solo a tiempo parcial, por los pocos casos que tienes.

—Es que soy muy exigente —dijo Ricki con ironía—. Y, en todo caso, por lo que recuerdo de las clases de derecho del trabajo, me siento más un trabajador fijo discontinuo que a tiempo parcial.

—En todo caso, sin un duro, ni ingresos estables ni perspectivas de tenerlos. Y ya no tenemos veinte años —añadió con rotundidad Varela.

La afirmación fue tan contundente como evidente y los dejó a los dos mudos, sin respuesta. Una pausa que utilizaron en apurar sus bebidas mientras pensaban en lo mismo, aunque por separado. En lo rápido que pasa el tiempo, en cómo nuestras vidas son los ríos que van a dar a la mar que es el morir, en que todo pasa y todo queda y todo eso que nos alegra en los momentos nostálgicos, en los que echar mano de Serrat o incluso de Nino Bravo.

—¡A poner la mesa, que el arroz ya está y no quiero que se pase! —fue el grito que los devolvió a la realidad. A la cruda realidad, más bien, dada la escasa capacidad culinaria de la mujer de Varela.

«Menos mal que siempre nos quedará el vino tinto», pensó Ricky, aunque sea un poco peleón como el que le había servido hoy Varela, que siempre estaba experimentando con nuevas marcas y variedades para encubrir que tampoco él tenía unos ingresos como para echar cohetes, a pesar de que fueran estables y con pensión máxima de jubilación asegurada.

La escasa luz del atardecer apenas si le permitió distinguir a lo lejos, tras la siguiente curva, dos coches parados fuera de una carretera que no tenía arcén. Parecía un accidente menor ya que ambos estaban sobre las cuatro ruedas y no se veía humo ni se había escuchado ruido. En todo caso, tampoco lo hubiera oído porque solo el volumen alto de su música preferida le permitía pensar adecuadamente. Y después de la conversación con Varela, que se prolongó durante el café, tenía mucho en qué pensar.

Al acercarse, fue reconociendo los dos coches detenidos en medio del campo como aquellos que le habían adelantado hacía poco en una curva, con prisas e irresponsabilidad dolosa. Pensó en parar por si necesitaban ayuda ya que parecía obvio que, al menos uno, se había salido debido a la velocidad inadecuada al estado y condiciones de la vía. El hecho de que el otro, en lugar de aprovechar su ventaja en la

carrera, se hubiera detenido le hizo suponer que podía haber pasado algo que justificara que también él se detuviera para evitar ser acusado de no prestar ayuda en un accidente.

Los coches estaban parados en el lado contrario al de su marcha, por lo que tuvo que mirar atentamente que no viniera nadie en sentido opuesto. Puso el intermitente y giró hasta situarse fuera de la vía, pero a distancia de los coches aparcados. Mientras abría la puerta para bajar, notó que algo no marchaba como debiera, que había algo raro en la situación, que aquello no era un ligero accidente. Caminando los escasos veinte metros que le separaban de los coches supuestamente accidentados, se percató de que una joven estaba siendo acosada y empujada por dos jovencuelos de los que todavía creen que tienen derecho a todo y enseguida.

Su entrenamiento, aunque un poco oxidado por la falta de uso según le había dejado claro su amigo Varela esa mañana, le hizo entender la situación en menos tiempo del que se tarda en contarla. La chica era la conductora del Jaguar rojo que se había salido de la carretera. Los dos jóvenes con derechos imperativos viajaban en el todoterreno que tenía barro suficiente por toda su superficie como para evidenciar que se utilizaba para aquello que había sido diseñado: ir por el monte, en lugar de ir por autopista como hacían tantos hoy en día, despreciando el efecto invernadero y los riesgos asociados al cambio climático, ya que todo el mundo sabe que los cuatro por cuatro polucionan mucho más que cualquier otro vehículo. O, al menos, eso dicen los de la competencia.

—¿Pasa algo? —gritó antes de llegar adonde estaban los tres—. ¿Necesitáis ayuda? —añadió acercándose pausadamente como sin darse cuenta de la situación.

Los jóvenes con derechos imperativos, que ya habían reducido la escasa resistencia que la joven, aturdida sin duda por un golpe, les había ofrecido, se quedaron mirando a Ricki como ante un acontecimiento para el que no estaban preparados.

—Nada, nada, no se preocupe —respondió el más listo, intentando aparentar que todo estaba bajo control y que la presencia de Ricki convertía la multitud que habitualmente ya son tres en auténtico desperdicio de tiempo y recursos.

—¿Hay alguien herido?, ¿se ha roto el coche? —continuó Ricki, manteniendo la ficción del accidente mientras seguía aproximándose al trío que representaban los dos jóvenes airados y la chica sujetada con fuerza cada vez más evidente por el menos listo.

—No, no, ya le hemos dicho que no pasa nada —respondió el más listo mientras avanzaba hacia Ricki, sin duda para evitar que este se aproximara más a la chica.

—Ya he llamado al 112, no tardará en llegar la Guardia Civil —añadió Ricki para protegerse las espaldas frente a lo que pudiera pasar.

La mención de la benemérita cambió el semblante de los jóvenes de airados a nerviosos.

—No hacía falta. Nuestra amiga se ha mareado y por eso se ha salido de la carretera. Pero ya nos ocupamos nosotros. No se preocupe.

—Bueno —dijo Ricki detenido enfrente del listo que había salido a su encuentro y a escasos cinco metros de los otros dos—. Total, ya espero a que vengan por si hay que declarar. Como he dado mi nombre al llamar.

Un espeso silencio se adueñó del momento. En otro contexto, alguien habría dicho aquello de ha pasado un ángel. Pero duró el tiempo necesario para que el otro joven, el menos listo, gritara cabreado.

—¡Ya le hemos dicho que no pasa nada!, ¡cómo me joden los que juegan a ciudadanos ejemplares cuando no hace falta! ¡Váyase a la puta mierda y déjenos tranquilos!

Como todo eso lo dijo de corrido y sin dejar de apretar el brazo de la chica, Ricki pensó que, a lo mejor, no era tan tonto ya que había demostrado que podía hacer dos cosas a la vez.

Pero el esfuerzo que le requirió fue suficiente para que la chica aprovechara la oportunidad e intentara zafarse. Se produjo un breve escarceo entre ambos que evidenció la situación.

—¿Qué pasa? ¿Qué le estas haciendo? —dijo Ricki intentando aproximarse a la chica.

Entonces, el joven más listo interceptó el paso de Ricki con un placaje que evidenciaba una cierta práctica del rugby. A continuación demostró que también había asistido a clases de judo, al menos de pequeño, porque sin darse apenas cuenta de cómo Ricki acabó en el suelo.

—Mi amigo le ha dicho dos veces que se vaya. Que no pasa nada. Nosotros nos ocupamos de todo.

—Vale, vale —dijo Ricki—. Yo solo quería ayudar —añadió mientras intentaba levantarse como amedrentado por la situación.

Sin embargo, lo hizo con un fuerte impulso aprendido en las peleas callejeras del barrio de su infancia, golpeando al joven más listo en los testículos con su puño cerrado entorno a una piedra que encontró en el suelo. Fue tan rápido, sorpresivo y contundente que el joven cayó como una piedra, perdiendo la conciencia. El otro, el menos listo, se quedó mirando atónito a un Ricki que parecía Rocky, tercero por lo menos. Pero sus ojos se abrieron, todavía más, cuando este sacó su pistola y apuntándole con seguridad de profesional le dijo:

—¿Qué pasa?, ¿a que no te pones gallito conmigo ahora, mamón?

Pasó otro ángel, o el mismo de antes que volvía, hasta que la chica rompió el hechizo de aquellos dos gallos en el mismo corral.

—Por favor —dijo dirigiéndose a Ricki—. Déjenos ir.

—¿Te quieres ir con estos? —preguntó Ricki con un deje despectivo al decir «estos», señalando con la cabeza al joven menos listo y al más listo que iba, poco a poco, inundando el silencio con sus quejidos conforme retornaba

a él la conciencia que no el conocimiento que no debió de tener nunca.

—No —respondió la chica—. Con ellos, no. Pero los conozco y le aseguro que no querían hacerme daño. Déjelos ir, por favor.

Ricki se quedó pensativo un rato, el tiempo que tardó en pasar un camión ya con las luces encendidas porque la noche estaba empezando a caer con rapidez. El rebufo de aire que siguió al camión pareció llevarse la indecisión de la mente de Ricky que, dirigiéndose al joven menos listo, le dijo:

—Tú, ayuda a tu amigo mientras aún pueda mover las piernas. Subid al coche y marchaos a toda leche, antes de que me arrepienta. O de que llegue la Guardia Civil —añadió acordándose de lo que había dicho antes—. Y tú —dijo señalando al joven más listo— aguanta como el hombre que presumes de ser ante las mujeres y deja de gimotear o te pego una patada en el mismo sitio.

Aquello fueron palabras mágicas porque ambos jóvenes se pusieron en movimiento con rapidez. Subieron, aunque uno con más dificultad que el otro, al todoterreno, lo pusieron en marcha y salieron hacia la carretera en medio de una densa polvareda que a punto estuvo de hacerle toser.

Para ser el final de un día de verano en el que su mejor amigo le había señalado con poca delicadeza, ante un plato de arroz empastado, que era un inútil, ya demasiado mayor para seguir jugando a detectives, no estaba yendo nada mal. Ahora, solo quedaba la chica, el Jaguar y el resto de una historia cargada de oportunidades.

Las últimas luces del día todavía le permitieron constatar que conservaba una buena carrocería a pesar de sus buenos cincuenta años. Era el mítico Jaguar XK120, así numerado por ser la velocidad máxima que podía alcanzar: 120 millas por hora, con sus seis cilindros. Un biplaza deportivo cuyo color original no debía haber sido el rojo que ahora lucía. Conocía casos

de mujeres guapas que vivían con señores que les doblaban la edad, pero no muchos en los que, como esta joven, condujeran un coche sensiblemente mayor que ella, aunque se conservara en buen estado. El coche, y, a juzgar por lo que pudo entrever sin temor a ser acusado de acosador, también ella.

—¿Amigos tuyos? —preguntó Ricki.

—No exactamente —contestó ella, encendiéndose un cigarrillo con gesto que confirmaba el hecho de que estaba ante una joven poco convencional para los tiempos que corren.

—Como has dicho que los conocías...

—Los conozco, sé quienes son, pero no son amigos míos.

La precisión conceptual y de lenguaje terminó de definir a una joven decidida, que fumaba, conducía un coche antiguo valorado en varias veces los ingresos anuales de Ricki, incluso en años buenos, y que se metía en problemas que incorporaban amenazas violentas. Además, era alta, delgada, de las que cuidan las calorías y pasan regularmente por el gimnasio, y con facciones más que agradables.

—Es posible que se me haya estropeado el coche al salirme de la carretera —añadió con voz acostumbrada a ser obedecida.

—Pues tendrás que llamar al seguro —dijo Ricki— porque yo puedo con matones de tres al cuarto, si no son muchos y les pillo desprevenidos, pero no entiendo nada de motores de coche.

—¡Qué raro! —dijo ella—. Lo normal en un hombre de hoy es lo contrario.

—Pues menos mal que te has encontrado con un hombre de ayer, porque si no ahora estaría hurgando en el motor de tu coche mientras tus conocidos, que no amigos, hurgaban bajo tu falda detrás de aquel árbol.

—No querían hacerme daño. Solo les han mandado para obligarme a regresar a una reunión de la que he salido de manera un poco abrupta.



—Encanto —dijo Ricki, haciendo su famosa imitación de Bogart que cada vez tenía menos éxito porque ya casi nadie sabía quién era el gran Humphry—, llama al seguro para que recoja tu coche, vente conmigo que te acerco a Madrid, pero, sobre todo, cambia de compañeros de reuniones.

Le costó varias llamadas, explicaciones y repetición de datos con el móvil, pero al cabo de no demasiado tiempo, mientras caía definitivamente la noche, su precioso Jaguar desaparecía subido a la parte trasera de una grúa moderna conducida por un inmigrante ecuatoriano que tampoco sabía de motores y cuyo negocio consistía en recoger coches y entregarlos en el taller. Es lo que tiene la especialización en los tiempos modernos, tan bien descritos ya por Chaplin hace ochenta años.

Mantuvieron el silencio hasta que la carretera de El Escorial desembocó en la autovía de A Coruña y sus innumerables desviaciones hacia la M-40, la M-30 y las diferentes maneras de entrar en la capital dependiendo de a qué parte de la misma vayas. Entonces Ricki le preguntó:

—¿Dónde quieres que te deje?

—Déjame que te invite a cenar. Es lo menos que puedo hacer después de lo amable que has sido conmigo.

Un cansancio de años se abatió de golpe sobre los hombros de Ricki. Demasiadas repeticiones de la misma escena no le habían vacunado ante la evidencia de que una invitación a cenar no tenía por qué ser el inicio de un rollo, ni este continuar en algo estable que, al final, siempre, de manera inevitable, se acababa estropeando, llevándose nuevos giros de sus esperanzas y llenando el baúl de sus recuerdos de malos momentos. Hasta ahora, así había sido con tanta frecuencia que ya saltaba en guardia ante la mera perspectiva de iniciar la concatenación de acontecimientos, como hacía el perro de Pavlov que, tras repetirlo muchas veces, segregaba ya los jugos gástricos cuando oía la campanilla que le anunciaba la llegada de la comida.